señales inequívocas de su miseria moral; ó es preciso, digo, ese valle, ó es necesaria una sociedad que esté sin cesar en movimiento y en la cual se hallen, lo repito, tres términos inevitables: producto inferior, producto mediano y producto superior. ¿Quiere progresar esta sociedad? Se ve precisada á pasar de uno de estos tres términos á los demás. ¿Quiere baratura? Es tambien indispensable que se combinen los tres, para que resulte la baratura de la reversion de los gastos del primero sobre el segundo y del segundo sobre el tercero. ¿Se trata, por ejemplo, de la produccion agrícola? El trigo, la cebada, la patata, sucediéndose en la tierra, para no dejar nunca ninguna parte de ella sin producir, se prestan mútuo auxilio. El subido precio del trigo permite al agricultor vender la cebada á precio mas bajo; el precio medio de la cebada permite dar la patata á precio aun mas ínfimo. Igual reprocidad se halla en la produccion manufacturera. Cincuenta años ha, cuando se introdujo en Francia la hilandería del algodon, fabricóse mal en un principio y se vendian caros los algodones; menos mal y menos caros despues y por fin bien y baratos. Se prosigue hilando con mayor éxito lo fino, lo mediano, lo basto y dándolo mas barato de dia en dia, merced á la reversion de los gastos que se originan para los unos en los otros. Igual fenómeno se ha verificado respecto á los elegantes tejidos de lana que en otro tiempo se iban á buscar en los valles del Thibet, que solo se veian hace medio siglo en los hombros de la mujer opulenta, que hoy han bajado á los de la mujer acomodada, y que permiten al tejido de merino ostentarse en los de la mujer del obrero. Si no se produjese el hermoso tejido casimir,

no se podria producir con baratura el merino con que se engalana la mujer del obrero los dias festivos. Los bellos y rápidos caballos árabes, en los cuales desaparece á galope al través de las alamedas de un parque el hijo del rico, compensan al agricultor de haber adiestrado el caballo menos elegante en el cual montan nuestros valientes, ó el caballo mas grosero que arrastra el arado. Pero ¿quién pagará esos productos mas finos y raros si no hay acumulaciones de riqueza en algunas manos afortunadas, enriquecidas por el trabajo presente ó por el pasado? La riqueza, la medianía y la pobreza se ayudan entre sí y pagan menos caro, porque pagan juntas los diversos estados de la industria humana.

Valdria mas, sin duda alguna, tener trigo para todas las bocas, casimires para todas las mujeres, soberbios corceles árabes para cuantos deban montar á caballo. ¡Ah; por qué no depende de nosotros sustentar con los mejores alimentos, vestir con los mas bellos tejidos, albergar en las moradas mas sanas á ese pueblo á quien queremos mucho mas que sus aduladores, y del cual apreciamos, cuando no se le ha corrompido, el ingénuo y sencillo buen juicio! Pero digasenos de buena fé, ¿tiene tamaño poder la ciencia moderna ó lo tuvo jamás la antigua?

Dios, Dios, ese gran culpable, ha querido que el hombre empezára en la tierra por la bellota para que á fuerza de trabajo, concluyera por el pan de trigo; y nos parece que si el Supremo Hacedor quiso hacer del bienestar la recompensa del trabajo, y de la vida un ensayo, es permitido bajar la cabeza ante designio tal.

Esos alimentos escogidos, esos vestidos hermosos y sanos que envidiais al rico, llegará dia en que el pobre los tenga; sí, los tendrá como la sociedad siga trabajando mucho tiempo. ¡Promesa vana! se me dirá. No tan vana á juzgar por lo pasado. Hace tres ó cuatro siglos tenian los reyes paja por alfombra y hoy el comerciante mas modesto anda en lo interior de su casa sobre tejidos de lana, campo de imitadas flores. Para que esto sucediese, la sociedad ha trabajado siglos y siglos; siga trabajando aun y lo que pertenece al rico será prebenda del pobre. Pero cuando la sociedad llegue á ese punto el tejido fino será mas fino aun y será siempre necesaria la riqueza, la holgura, la medianía (pues ya no habrá la pobreza) para corresponder á los tres estados de toda industria humana, para pagar el producto superior, el mediano, el inferior, porque la industria en progreso es cual un ejército en marcha; tiene siempre una cabeza, un centro y una retaguardia.

Examinad lo que sucede en medio de los grandes disturbios políticos y sociales. Mas amenazadores para el rico que para el pobre, aterran al primero, le alejan de todos los goces del lujo, y como por encanto cesa toda prosperidad. Se clama, se exhalan quejas contra el rico, se le quiere sobrecargar de contribuciones, se emprende contra todo lo que le asemeja en los altos funcionarios de Estado, se reducen los sueldos y la miseria aumenta á medida que el consumo de los objetos de lujo se interrumpe mas completamente. Se clama entonces que es necesario socorrer la industria, búscanse medios y se gastan en auxilios dados á diferentes manufacturas en primas á la esportacion, de las cuales solo aprovechan los estranjeros, dos ó tres veces mas millones de los que se han ganado por impuestos mal sentados ó reducciones mal entendidas. Es preciso luego rehacer, mal é incompletamente, lo que hubiera bastado dejar subsistir, y se imita á los niños que arrastrados por la inclinacion de destruir quieren plantar de repente las plantas que arrancaron de la tierra, ó reanimar al pájaro inocente cuya vida destruyeron.

No he manifestado aun todas las funciones de la riqueza en la sociedad. Además del cometido de comprar los objetos selectos cuyo producto y consumo son indispensables, tiene tambien otro la riqueza; solo ella puede suministrar los capitales al génio inventor, génio osado, temerario, sujeto á equivocarse muchas veces y á arruinar á sus comanditarios. Supongamos que se trate de una invencion que deba cambiar la faz del mundo y que su inventor la pregone, como lo que es, por una maravilla; cosa nada rara cuando otros han dicho lo mismo de las invenciones mas ridículas. Es fuerza para llevarla á cabo, probar, aventurar grandes capitales y para aventurar poder perder. ¿Lo pueden acaso el pobre ni tampoco el acomodado? El cebo de la ganancia los tienta algunas veces y pierden en temeridades, semejantes á la que hemos supuesto, el modesto fruto de sus economías. Lejos de escitarles á empresas de este género se les debe por el contrario disuadir. Pero el rico que tiene mas de lo necesario para vivir, mucho mas, el rico puede perder; puede por lo tanto aventurar y mientras se entrega á las disipaciones de una sociedad elegante, á las agitaciones de la política ó á las distracciones de los via-

jes, dejando sus capitales acumulados en casa de un banquero para que este los aplique, le confia lo supérfluo que sirve para estimular á las empresas nuevas. Pierde ó gana en las empresas; si pierde es poco digno de lástima, y si aumenta sus riquezas, si gana, puede estimular á otro génio mas atrevido aun.

Así esa desigualdad de riquezas, que satisface ya á las necesidades de la humana industria siempre desigual en sus productos, posee tambien y esclusivamente los medios de ser osada como el génio. Quédale además su cometido final, complemento de su suerte en este mundo, y al saber cual es, oh cruel envidia, no será una razon para que dejes de odiarla, pero á lo menos sellará tus lábios. La riqueza puede ser bienhechora. No lo dudemos; el rico que es un ocioso, un disipador las mas veces, vicios que presto espía por la miseria y que espía cruelmente porque el pobre tiene cuando menos brazos y él no los tiene, porque el pobre no tiene remordimientos y él está devorado por ellos, el rico, el rico tiene á menudo tambien un corazon seco, indiferente al infortunio, mas no queda impune; pues además de verse privado de los goces mas halagüeños que existen en la tierra, se ve perseguido por el ódio mas justo, mas cruel que se pueda inspirar á los hombres, el ódio contra el rico avaro é insensible. Pero hay veces en que es bienhechor; entonces deja su palacio para ir á visitar la cabaña del pobre, arrostrando repugnante inmundicia, contagiosas enfermedades, y cuando ha llegado á descubrir ese nuevo goce, lo saborea, se apasiona y no puede dejar de sentirlo. Suponed iguales todas las fortunas, suponed la supresion de toda riqueza y de toda mi-

seria, nadie tendria medios de dar, pero nadie, segun vosotros, tendria necesidad de que se diese, lo que es falso. Aun suponiendo que fuese cierto, habríais suprimido la mas grata, la mas encantadora, la mas graciosa de las virtudes humanas. Pobre reformador, hubierais estropeado la obra del Criador queriendo retocarla. Dejadnos el corazon como Dios nos lo hizo. Sin duda que si para tener la satisfaccion de ver á ricos bienhechores hubiéramos creado pobres por gusto, os sobraria razon en decir que valia mas no tener pobres aun cuando no se tuviesen ricos capaces de dar. Mas no echeis en olvido que el rico no hizo pobres á los que lo son, que si él no hubiese llegado á rico, es decir, si sus padres no hubiesen aumentado la riqueza general por su trabajo, los pobres serian mas pobres aun; no echeis en olvido que su adorable beneficencia para poder mostrarse generosa con la desgracia, no empezó por quitarle á fin de poderle dar. En la marcha incesante hácia un estado mejor, el trabajo con éxito socorre al trabajo sin éxito, y la riqueza que puede tener todos los vicios, pero tambien todas las virtudes, sostiene á la pobreza. Marchad apoyadas una en otra procurándose goces recíprocos y formando un grupo mil veces mas simpático que vuestra pobreza junto á otra pobreza, rehusando tenderse mútuamente la mano y privadas ambas de dos sentimientos divinos: la caridad y la gratitud.

Solo una observacion y concluiré el exámen relativo al rico. Estas acumulaciones de riqueza, tan aparentes á los ojos, no son ni tan numerosas ni tan considerables como se cree, y si se llevase á cabo el capricho de repartirlas tocaria una parte sumamen-

te pequeña á cada uno de los perceptores. Se destruiria el atractivo que hace trabajar; el medio de pagar los altos productos del trabajo; se borraria, en una palabra, el designio del Criador sin enriquecer á nadie. ¿Creeis de buena fé que los ricos sean muy numerosos y muy ricos? Ni uno ni otro; nadie ha contado las fortunas en una sociedad, pero en un país como la Francia, donde se suponen doce millones de familias á tres individuos por familia, se sabe que existen dos millones de ellas que tienen apenas lo preciso; seis millones que tienen lo suficiente; tres millones que viven en la holgura; cerca de un millon dueñas de un principio de opulencia, y á lo sumo dos ó trescientas poseedoras de la opulencia propiamente dicha. Suponed una reparticion igual; es probable que no se toque á los que gocen de lo necesario, quizás se perdone á la sencilla holgura, quizás tambien á un principio de fortuna; quedan, pues, las trescientas familias verdaderamente opulentas, cuyas sumas reunidas no pagan la mitad de las atenciones del Estado durante un año. No se habria añadido una cantidad apreciable al bienestar de las masas y se habria suprimido el estímulo que al escitar el trabajo produce la mejora de su suerte. Las acumulaciones que atraen las miradas y que al atraerlas contribuyen á escitar el ardor al trabajo, que sirven para comprar los productos mas selectos de una industria en progreso, y alguuas veces á derramarse cual bálsamo bienhechor en el trabajo desgraciado, esas acumulaciones repartidas á la masa no la aventajarian absolutamente, y habrian destruido todos los móviles que escitando el hombre á trabajar han traido las mejoras de la especie humana. Es

cierto, muy cierto que el pueblo es hoy menos indigente que algunos siglos atrás; que el hambre, por ejemplo, no agosta generaciones enteras; que el pueblo, mejor sustentado, mejor vestido, mejor albergado, (sin serlo tanto como deseamos), no se vé espuesto á los contagios hijos de la suciedad y de la miseria, como en Oriente ó en la edad media. Destruid la riqueza, y el trabajo cesa con el estímulo que lo escitaba. No lograríais quizás añadir un milésimo á la holgura actual de todos y destruiríais el principio que en cincuenta años puede duplicarla y triplicarla. Mataríais, cual se dice á los niños, la gallina de los huevos de oro.

Sufrid, pues, las acumulaciones de riqueza, colocadas en las altas regiones de la sociedad, como las aguas que destinadas á fertilizar el globo antes de esparcirse por los campos en rios, riachuelos y arroyos, permanecen suspendidas formando vastos lagos en la cúspide de las montañas mas elevadas.

Deducimos de lo dicho que el hombre nada tiene al nacer, pero que está dotado de facultades diversas y poderosas cuya aplicacion puede procurarle cuanto le falta. Fuerza le es emplearlas, pero cuando lo hace es de evidente equidad que el resultado de su trabajo le sea provechoso á él no á otro, y que este resultado forme su propiedad y su propiedad esclusiva. Esto es equitativo, necesario, porque no estando seguro de recoger el hombre el fruto de su trabajo, no trabajaria, bastaríale pillar lo ajeno; su semejante haria lo mismo; y esos salteadores, refluyendo unos sobre otros, presto no hallarian qué pillar como no fuese la naturaleza misma. El mundo permaneceria en la barbárie.

Aun las artes mas imperfectas exigen por lo menos durante un espacio de tiempo determinado, la certeza de la posesion. El pez, alimento del pescador salvaje, no se muestra en los sitios donde se pesca sino en ciertas épocas del año. El búfalo ó el castor de que se nutre el salvaje de América, tienen tambien sus costumbres pasajeras cuya repeticion es preciso saber espiar, y en fin, la tierra misma solo da una cosecha que es fuerza aguardar durante un año. ¿Qué resulta de esas condiciones de la naturaleza de las cosas? Resulta que el hombre debe poder acumular los frutos de su pesca, de su caza, de su cultivo, sin que nadie pueda quitárselos durante el intérvalo, pues de otro modo no se tomaria el trabajo de producirlos. Solo haria lo indispensablemente necesario para apagar el hambre en el momento de acosarle. No cultivaria ningun arte, viviria eternamente de lo que se pudiese coger con rapidez y sepultar de pronto en el inviolable asilo de su estómago, como de bellotas ó de algunos pájaros muertos con piedras ú hondas. No teniendo la certeza de recoger los productos de su trabajo, renunciaria á todo arte que requiriese tiempo, madurez ó acumulacion. Uno hay sobre los demás, el primero de todos, la agricultura, que abandonaria el hombre para siempre si no se le asegurase la posesion de la tierra; porque si se quiere que esa tierra fecunda pague el amor con fecundidad, es preciso ligarse á ella y ligarse durante toda la vida; es preciso fijar en ella la choza, cercarla, alejar los animales que puedan serla nocivos, quemar los zarzales que la cubran, convertirlos en una ceniza fecunda, desviar las aguas infectas que corrompen su superficie á fin de

convertirlas en aguas límpidas y vivificadoras, plantar árboles que alejen los ardores del sol y el soplo de vientos malhechores, árboles que tardarán en formarse una ó dos generaciones; es preciso, en fin, que el padre nazca en esa tierra, que muera en ella, y despues del padre el hijo, y despues del hijo los nietos. ¿Quién se tomaria todos estos cuidados si la certeza de que ningun usurpador irá á destruir sus trabajos, ó sin destruirlos á apoderarse de ellos, no escitase y sostuviese el ardor de la primera, de la segunda y de la tercera generacion? Y esta certeza, ¿es acaso otra cosa que la propiedad admitida, garantida por las fuerzas de la sociedad?

CAPÍTULO XII.

Del verdadero fundamento del derecho de propiedad.

Que resulta de todo lo que precede, que el trabajo es el verdadero fundamento del derecho de propiedad.

¿Cuál es la solucion de todas estas deducciones, cuya cadena no me parece interrumpida en parte alguna? Héla aquí segun mi opinion:

El hombre, lanzado desnudo sobre la tierra vírgen, pasa de la miseria á la abundancia por medio del ejercicio de las facultades intelectuales que Dios le ha concedido.

Estas facultades forman una primera propiedad que es peculiar á sí mismo y de cuyo ejercicio nace una segunda propiedad, los bienes adquiridos; propiedad menos adherente á su ser, pero mas respetable si cabe, pues la primera es un don de la na-